

de las primeras pruebas de imprenta hizo múltiples objeciones de forma airada. Hamilton, que quería publicar el libro al coste que fuera, lo corrigió dejando la mayor parte del contenido de las cartas en paráfrasis o en frases de estilo indirecto. Pero con esto tampoco logró que fuera del agrado de Salinger, que volvió a oponerse a la publicación del libro. Un juez dictó sentencia a favor de Hamilton, decisión que posteriormente desestimó el Tribunal de Casación de los Estados Unidos y que confirmó por su parte la Corte Suprema. Hamilton no nos dice nada de las diferencias que separan a la edición que comentamos de las versiones primera y segunda.

Este, por no citar otros, no es más que uno de los muchos aspectos imprecisos de este libro pobre, triste y bastante avinagrado. Pero ésto no es nuevo en Hamilton, que hizo algo similar con la biografía de Robert Lowell. En ninguno de los casos nos facilita una bibliografía. Lo cual resulta sorprendente. Recordemos que ya en 1962 Belcher y Lee añadían a la lista de las 35 novelas de Salinger 77 libros y artículos sobre él. Warren T. French alargó aún más esta relación en 1963 y llegó a un total de 14 páginas de obras de crítica en 1976.

Curiosamente, Hamilton hace referencia a la obra de French, pero creemos que estaba en la obligación como biógrafo literario, de hacer una relación de la bibliografía que manejó. Por lo que se refiere al índice, nos da la impresión de ser algo irrelevante y obra de un amateur. La Academia Militar de Valley Forge, por ejemplo, a la que dedica un capítulo, ni siquiera aparece en el referido índice.

Además del descubrimiento de las cartas, poco hay en el libro de Hamilton que no pueda encontrarse en la ya voluminosa literatura publicada. Pero éste no es el defecto más grande. La objeción principal es el tono, que parece ser de puro odio por este personaje terco que está empeñado en mantener en secreto su intimidad.

J.J. LANERO  
Universidad de León

HUMPHREY CARPENTER: *A Serious Character: The Life of Ezra Pound*. Faber and Faber, 1988, 1.005 pp.

Esta voluminosa biografía de Ezra Pound recoge, entre otras muchas cosas, sus primeros años en Europa, cuando su entonces protegido y compañero de exilio, T.S. Eliot, estaba escribiendo *The Waste Land*. Esta anécdota, con la que se ganó la gratitud perpetua de Eliot por haberle convencido para que acortara el texto original antes de que se publicara, no es más que un pequeño detalle de este soberbio banco de datos que con paciencia ejemplar ha ido recogiendo Humphrey Carpenter ya conocido y respetado como biógrafo de Tolkien.

Pound era un joven inquieto de Pennsylvania que había cultivado, durante su estancia en la Penn State University, un interés apasionado por la poesía de los trovadores y un sentido de unidad integradora de la cultura europea. Como tal ejerció en Londres y en París de consejero y editor de varias revistas de poesía. Poseía una aptitud especial para captar talentos. Así reconoció la genialidad de Eliot y de Joyce antes de que fueran escritores famosos.

Pero aunque Pound veía rápidamente lo que los demás tenían que recordar en sus obras, nunca cayó en la cuenta de que también las suyas podían beneficiarse de tal restricción. La ingente producción de Pound contiene partes que son impenetrables, con densas espesuras en sus versos y en su prosa excéntrica. Esta última estaba concebida para recoger el tono de voz de Pound mediante ortografía extraña, frases cortadas y un uso reiterado del signo / como elemento principal de puntuación.

El gran almacén de su poesía fue una serie de *Cantos*, escritos en su etapa de madurez, e ideados para ser leídos como un todo continuo. Aparecieron distintas secciones en diferentes momentos, distanciados entre sí por largos intervalos de tiempo. Cada uno está estructurado en torno a una figura heroica tomada de la historia china, italiana o americana.

El tono es intrigante; la organización y la disposición tipográficas, los renglones cortos distribuidos en alineación desigual sin razón aparente, son aspectos cruciales para llegar a un sentimiento que modula desde lo personal hasta lo histórico con una rapidez deliberadamente desconcertante. En éstos y en sus poemas más tempranos y cortos, de los que *Hugh Selwyn Mauberly*, relato sarcástico de la vida literaria de Londres, y *Homage to Sextus Propertius* son los más importantes, Pound realiza la revolución prosódica de "breaking the pentameter", unidad básica del verso inglés, y la sustituye por versos cuyo ritmo hay que apreciar en igual medida con la vista y el oído. Digamos que estos párrafos de verso libre continuo contienen una relación de versos de una belleza cautivadora, incrustados en una configuración de caligrafía china y de frases confusas en griego, latín, provenzal, italiano medieval y en otras lenguas muertas y vivas. A esto se une una retórica sistemática cargada de odio contra los *usurers* (palabra habitual que Pound utilizaba para denominar a los judíos).

Esta poesía está manchada con el antisemitismo más obscuro que se imprimió fuera de las fronteras de la Alemania nazi. Pound, que vivió como residente permanente en Italia en la etapa anterior y durante la Segunda Guerra Mundial, dio su total apoyo a la causa fascista, emitiendo desde Roma, por petición propia al Ministerio de Propaganda italiano, una serie de programas de guerra destinados a la audiencia norteamericana. Uno de sus modelos fue el Padre Coughlin, que había fomentado el odio racial en sus fogosas arengas radiofónicas en América antes de la guerra. Otra figura que también recibía alabanzas admiratorias en las radiodifusiones de Pound era "Lord Haw Haw", a quien escribió varias cartas elogiando su obra.

Una de ellas la terminó con un "Heul Hitler". Carpenter califica de perniciosos el contenido y el estilo de los programas de Pound.

Cuando la guerra terminó y las tropas americanas ocuparon Italia, Pound fue arrestado. Surgía la pregunta de qué hacer con él. ¿Era culpable de traición o se había limitado a ejercer la libertad de expresión en circunstancias excepcionales? El proceso que tenía que haber respondido a este interrogante no se celebró nunca. Los únicos juicios a los que Pound tuvo que acudir fueron aquellos en los que se iba a determinar si disfrutaba de la salud mental necesaria para comparecer ante un tribunal.

Carpenter nos revela que existió una especie de complicidad entre médicos y abogados que se plasmó en un veredicto en el que se le declaraba mentalmente incapacitado y, en consecuencia, no podía ser absuelto ni sentenciado. La solución fue recluirlo durante algo más de una década en St. Elizabeth's Hospital, al sureste de Washington, D.C. La finalidad primordial del hospital era cuidar de los dementes de las fuerzas armadas estadounidenses, aunque también había pacientes civiles.

En esta situación Pound tuvo que representar el último de los muchos papeles que había interpretado a lo largo de su existencia, el de un *King Lear* moderno. Aceptó su reclusión con la misma entereza con que había reaccionado ante todas las demás vicisitudes de su vida. Muy pronto volvió a escribir. Su capacidad de trabajo era formidable.

Cuando le dejaron en libertad, con el pretexto de un tecnicismo legal, tenía un hijo mayor de su esposa Dorothy (de soltera Shakespear) y una hija también mayor de Olga Rudge, su eterna amante. Pound se encontraba ante el dilema de con cuál de estas dos mujeres fieles iba a vivir en Italia. Durante los primeros años de su nueva libertad estuvo con Dorothy, pero al caer enfermo se fue con Olga, que permaneció con él hasta su muerte. Su hija, hoy Mary de Rachewiltz, ha hablado de su padre y vemos aquel *ménage* desde su perspectiva. Sus opiniones ilustran la narración de Carpenter.

En los últimos años de su vida, Pound recibió muchas visitas. Cabe destacar la del poeta judío Allen Ginsberg, que le ponía discos de los Beatles. Parece ser que en una de sus conversaciones Pound le dijo: "Any good I've done has been spoiled by bad intentions —the preoccupation with irrelevant and stupid things... But the worst mistake I made was that stupid suburban prejudice of anti-Semitism".

Con la ayuda de esta biografía absorbente, sensible, documentada y honesta podemos contemplar, por primera vez, qué fue Pound y formarnos una opinión sobre él. Se nos presenta como una figura heroica, aunque en ocasiones sea una heroísmo monstruoso.

J.J. LANERO  
Universidad de León